

Sociedades agropecuarias tempranas y control de recursos en el ambiente semiárido de Chile

GASTON CASTILLO GOMEZ
Museo Arqueológico de La Serena

RESUMEN

Se revisan las condiciones del medio semiárido y el aprovechamiento de sus recursos por parte de las sociedades agropecuarias tempranas, que en un porcentaje involucra al período arcaico, y en especial, al agroalfarero temprano, representando por el Complejo El Molle, sobre el cual versa el siguiente análisis.

En términos reales, el carácter "agropecuario" cuenta con poca información. No obstante, su proposición obedece a las posibilidades futuras de medir el grado de efectividad en aplicarlo en los estudios sobre las poblaciones locales, asociadas con las primeras experiencias en el manejo de técnicas agrícolas o del recurso camélido.

Evaluación de antecedentes generales

Las potencialidades del medio semiárido, donde el mar ya no es el foco exclusivo de alimentación, son más variadas desde el punto de vista de los bienes de consumo.

En función a una complementación de estos bienes, se distinguen cuatro macroambientes interrelacionados, correspondientes a la costa, los valles las quebradas interfluviales y la cordillera. Durante el agro alfarero temprano, se producen ocupaciones con un sello eminentemente regional, dado el interés por cubrir todo espacio factible de explotar. Marcando diferencia con las sociedades arcaicas, más restringidas a ciertos territorios (costa, quebradas), sin formar una unidad al estilo de la población Molle, cuyos asentamientos tienen particularidades, según el lugar donde se encuentren y a las formas de adaptación alcanzadas. Así, a las normas generales establecidas, se le agregan aquellas surgidas de realidades específicas, que se distinguen en los contextos a nivel de variantes en la ergología, en técnicas de producción y construcción o en aspectos de organización social.

El término "agropecuario", no es ajeno a los grupos locales, pero han sido discontinuos los registros relacionados a dicha condición, como que a la fecha, sólo El Salto es comparable con lo excavado en San Pedro Viejo. Ambos aleros, representan los gérmenes regionales de las experiencias vinculadas al manejo de una tecnología agrícola, así como son portadores de buenas muestras de huesos de camélidos, en principio, interpretado como la acción de una tradición cazadora por excelencia, con la posibilidad de que estudios más finos indiquen algún grado ganadero.

La tradición cazadora-recolectora perdura en el tiempo, manteniendo su esencia entre grupos del Agroalfarero Temprano, en especial, si se trata de asentamientos de interfluvios, donde hay énfasis en la captura de camélidos y en el aprovechamiento de la flora circundante. Los restos óseos ocupan altos porcentajes, más fácil de identificar con actividades de cacería, que trazar a simple vista una línea con posibles evidencias de ganadería.

Lo anterior, tiene relación con lo que más tarde acontece, para definir hasta qué punto el carácter agropecuario logra afianzarse entre la población Molle. Los momentos de transición, cuentan con datos en la costa e interfluvios, porque por el momento los valles no muestran asentamientos arcaicos, con el ejemplo único de San Pedro Viejo, lateral al valle de Hurtado, y todo lo demás se refiere a ocupaciones Molle, Animas y Diaguita.

Al integrarse en la costa rasgos Arcaicos y Molle, se ha generalizado una situación en las finales del Arcaico marítimo, hoy identificado bajo términos como "Complejo Quebrada Honda", "Estado 5" ó "Arcaico IV" (Llagostera A. 1985 M. S.; Schiappacasse V.-Niemeyer H. 1985 M. S.; Kuzmanic I.-Castillo G. 1985 M. S.).

Desde los desarrollos costeros arcaicos se han originado los morteros tipo tacitas y bateas,

las piedras horadadas y las valvas de choro biseladas, que perduran en la etapa siguiente, a veces incrementando su popularidad al coincidir con altos porcentajes de sitios en las quebradas, mayor incluso que las ocupaciones anteriores, de quienes se hereda la predilección por habitar los interfluvios.

Las estratigrafías Molle se sobreponen por igual a grupos del Complejo Cárcamo o de San Pedro Viejo, que se diferencian por sus patrones líticos y con problemas de cronología de por medio. Las comparaciones de materiales estratigráficos muestran rasgos que subsisten bajo cánones muy conservadores, conjugándose con otros componentes más nuevos (v.g. cerámica). Carecen sí los ambientes de interior de cementerios arcaicos, porque son mínimos unos restos de La Fundición, un par de esqueletos de San Pedro Viejo y otros fragmentos de Minillas, Mientras que la costa posee numerosos cementerios como para comparar con similares Molle, entre ello, aquel de Punta de Teatinos, con un crecimiento que culmina con sepulturas de cuerpos estirados, tembetás o pipas (Schiappacasse V.-Niemeyer H. 1985 M. S.).

Las aldeas de Copiapó, marcan el ingreso de componentes puneños por las tierras altas de ese valle (cerámica negra pulida, palas de piedra), que a la fecha es el indicador más concreto sobre este tipo de contactos, ya que son esporádicos los antecedentes logrados de revisiones a las colecciones mismas en San Pedro de Atacama (Munizaga C. 1963; Tarragó M. 1968).

Para los grupos arcaicos marítimos, el litoral asume una función expansiva, en sentido N-S, de sus especializados rasgos. Durante el agroalfarero temprano, dicho tráfico parece estancarse, o al menos, no sigue el ritmo de antaño. La disminución de movimientos se inicia, aparentemente, con los sucesos representados por Guanauqueros II, y durante la ocupación Molle ya no se ven claros indicios de esas migraciones, que más tarde adquieren renovadas fuerzas, a partir de los asentamientos Animas.

Taltal es un barómetro para medir los grados de acercamientos entre procesos costeros. La última secuencia elaborada allí (Nuñez L. 1982), indica el establecimiento de grupos agrarios procedentes de San Pedro de Atacama, portadores de cerámica negra y roja pulida y, responsables de otros materiales que a la distancia parecieran familiares a la ergología Molle. Las conexiones con el Norte Semiárido, recién se reseñan a partir de los 1.000 D.C., con el arribo de cerámica Diaguita y Copiapó Negro sobre Rojo, seguramente en mayor volumen desde Copiapó. Pero, considerando las similitudes de los contextos fúnebres Animas con materiales de Taltal, los nexos tardíos más bien comenzarían alrededor de los 800 a 900 D.C.

Para gente que accede a la región desde otras latitudes, los productos del pacífico y las piedras semipreciosas exteriorizan con mayor énfasis la necesidad de proveerse de dichos materiales. Los grupos transandinos, supieron de ventajas como menor distancia recorrida y calidad de productos adquiridos.

Para la misma población local, la costa fue un continuo apoyo, aún cuando los asentamientos pudieran estar decenas de kms. al interior. De manera que la presencia de malacología en el lado oriental de la cordillera, es consecuencia de las estrategias de los moradores del interior por complementar sus economías específicas, en lo cual pueden existir excedentes destinados a intercambios, como alternativas a directas migraciones transandinas hacia el Pacífico.

Según los numerosos pasos abiertos en las veranadas, el tráfico E-O o viceversa, vincula-más al Norte Chico con territorios del Noroeste Argentino y de la Región Cuyana, que con la zona de San Pedro de Atacama. Donde el N.O. Argentino, se transforma en una suerte de puente entre la región Atacameña y el Norte Semiárido, al mantener nexos con ambos territorios, especialmente con el primero.

En la selección de las materias primas para fabricar las pipas, se habla genéricamente del uso de la piedra talcosa. Mientras que los tembetás, tienen clara identificación con rocas Combarbalita, y luego, con rocas metamórficas y mármol blanco. Los yacimientos adscritos al área de Combarbalá son conocidos, ignorándose si existen otros similares en la región, para saber si Combarbalá fue el punto obligado donde obtener el material predilecto.

Tal como se ha podido establecer en la explotación de piedras semipreciosas, donde las minas de El Salvador y El Altar surtieron de turquesas a las poblaciones Molle, Diaguita y a la zona de Mendoza. El Salvador mismo y otros centros más nortinos, abastecieron al Norte Grande, N.O. Argentino y zonas de Bolivia. Mientras que al quedar ubicada más al centro de la región, la mina de El Altar (cerca de Ovalle), debe haber satisfecho una mayor demanda local y a las necesidades de turquesas surgidas desde zonas cuyanas (Ruppert H. 1982).

Ante situaciones anteriores, más bien relativas a similitudes ergológicas con tierras foráneas, es distinto lo que sucede en el valle del Choapa, porque allí prácticamente toda la cerámica posee detalles propios de los desarrollos Arévalo o Lollole de Chile Central, asociada a tembetás y pipas. Lo que en definitiva, dificulta conocer cual ha sido el papel jugado por los asentamientos Molle en ese lugar, que actúa de frontera norte para procesos de latitudes más sureñas.

Los tembetás no tienen gran diferencia con aquellos de tipo Molle, sin embargo, las vasijas muestran decoraciones estrelliformes, bases muy planas o plano-cóncavas, asas de base bifurcada, incisos punteados o en segmentos, y las pipas son de cerámica, con hornillos expandidos y a veces con rostros zoomorfos modelados.

El arte rupestre, también posee detalles no compartidos con territorios más nortinos. Pero, cabe considerar otros rasgos con una distribución mayor, entre ellos, las vasijas en forma de llamitas del valle de Elqui (El Molle), Choapa (Cuncumen, Hda. San Agustín) y Chile Central (Los Chacayes), y los vasos-figura de Copiapó, costa de Huasco (Carrizal), Hurtado (Falda Mala, Canal de la Coipa, La Viña Vieja) y Choapa (Asiento Viejo, Hda. Illapel).

Conclusiones: asentamientos, recursos y economía

Con mayor o menor preponderancia, el carácter itinerante se hace presente en las distintas formas de asentamientos, estimulando la combinación de recursos, y en lo cual, la región no está ajena al significado de aquellos conceptos de movilidad de amplia connotación andina.

No obstante, también está presente el papel asumido por las experiencias locales, gracias a las características particulares de la región, de donde surgen otras manifestaciones culturales, que sin ser independientes al concepto de trashumancia o complementariedad, aportan alternativas a los análisis sobre los desarrollos de las poblaciones andinas.

Un catastro base, utilizado en la evaluación de los datos, considera un total de 218 sitios. Tomando en cuenta un pequeño margen de error, la cifra se puede redondear en 200, excluyendo por ahora 13 datos del Choapa. La mayor concentración está repartida entre los interfluvios y valles, con un 42,5% para cada uno, con la posibilidad de aumentar en los valles, según se vaya dilucidando el problema del Choapa. La costa cuenta con un 12,5% y la cordillera alcanza por el momento un 2,5%, donde es posible que se produzcan variaciones, por el déficit de investigaciones al sur de Copiapó.

Las nuevas fechas para este último punto, profundizan la cronología hacia los 130 A.C. (Niemeyer H.-Cervellino M. 1985), sumándose a los 30 D.C., como momento cúlmine de Punta de Teatinos (Schiappacasse V.-Niemeyer H. M.S.), y a las más antiguas datas que agrupan los 245 D.C. de Tilgo, los 310 D.C. de El Durazno, los 440 D.C. de Las Pircas y los 665 D.C. de San Pedro Viejo. Salvo la serie obtenida en Copiapó, el resto marca situaciones muy puntuales de valles, costa o quebradas, que precisan contar con otras dataciones comparativas, al formar un reducido número que no sobrepasa el 5% del total de sitios considerados en el catastro.

En una población de largo desarrollo, aquellos 700 o más años, pensando en posibles ajustes cronológicos, llevan a reflexionar sobre las etapas que han debido generarse mientras se alcanzaba tan considerable edad. Su individualización, recién toma cuerpo, si se trabaja combinando los datos provenientes de cada uno de los ambientes que han participado del referido crecimiento, para conocer cual es el desarrollo inicial y las subsiguientes etapas.

Varios factores relacionados al problema, surgen de los párrafos siguientes, al centrar el análisis en los macroambientes en principio reseñados, prescindiendo por ahora de datos muy vagos del ámbito cordillerano.

La costa

Durante las ocupaciones Molle se aprecia un descenso en la demografía, luego que los asentamientos arcaicos formaron densos conchales y numerosos cementerios. Hay vacíos de información de Tilgo al norte de Guanaqueros al sur, pero los sitios de Coquimbo apoyan lo anterior, si se comparan con momentos previos y posteriores. Como que los yacimientos Animas y Diaguita vuelven a ser numerosos, al estilo de lo que antes fue el desarrollo Arcaico.

Los sitios Molle son poco densos y sus cementerios se reducen a unas cuantas sepulturas

incluidas en los conchales. Lo más común, hasta la fecha, es el registro de los yacimientos tipificados por el Complejo Quebrada Honda, con dificultades para individualizar otros que no estén ligados a ese momento de transformación de las sociedades Arcaicas costeras.

Como alternativas a los asentamientos junto al mar, otros, se han ubicado en las terrazas superiores o entre las serranías, como sucede en La Rinconada, Flor de Chile y Quitallaco, distante unos cuantos y hasta doce kms. de la playa. Costumbre iniciada por los grupos arcaicos adscritos a Guanaqueros II, por ejemplo, en Qda. de Romeral y La Apatita, con el común denominador de las piedras tacitas asociadas a conchales interiores.

Uno de los cambios más notorios entre la población marítima temprana, es el surgimiento de las tacitas, supuestamente por uso de vegetales silvestres o alguna molienda agrícola (Schiappacasse V.-Niemeyer H. 1964). Desde los 1.380 A.C., o antes, se incluyen morteros hasta en las tumbas, para luego producirse un corte brusco, ya que más allá del asentamiento en La Cantera, como parte del Arcaico tardío, no existen más sitios que evidencien esa costumbre. Punta de Teatinos es un ejemplo tipo, porque el sector con cuerpos estirados ya no contempla morteros entre los bloques que forman esas sepulturas (Niemeyer H., Com. personal).

La extinción de las tacitas coincide con el período de aparente despoblamiento en la costa y con la instalación masiva de población en territorios del interior, donde la molienda adquiere popularidad y los morteros se diversifican en otros tantos tipos.

Los desechos alimenticios muestran, antes que nada, una orientación hacia la explotación del mar. En lo esencial, la economía costera Molle no dista mucho de lo que fueron las prácticas arcaicas, ya que los restos de moluscos siguen predominando en sus basurales.

Aún, en aquellos internados entre las serranías, puesto que de un recuento sobre tres cortes en Flor de Chile 2, 3 y 4, con una profundidad máxima de 0,30 m., los mariscos ocupan un 98,5% del total y el resto se reparte entre mamíferos (camélidos?), pájaros o roedores y caracoles de tierra. Entre los mariscos, la macha (*Mesodesma donacium*), con un 94,4%, es lo más popular y luego, de más a menos, siguen el apretador (*Chiton* sp.), choro (*Choromytilus chorus*), loco (*Concholepas concholepas*) y lapa (*Fissurella* sp., con porcentajes entre 3,6 a 0,3%.

Los huesos de mamíferos, a nivel de pequeños fragmentos, alcanzan sólo un 0,7%. Tendencia similar a la cuantificación de Rinconada 2, donde los aportes terrestres, menor a un 20%, corresponden a caracoles de tierra, cráneos de roedores, huesos de pájaros y restos de mamíferos más grandes, mezclados posiblemente con otros de origen marino (lobos). Más del 80% se refiere a dieta marina, en este caso, empezando por el loco, seguido en orden decreciente por apretador, choro, caracol negro (*Tegula atra*), erizo (*Loxechinus albus*), macha, ostión (*Argopecten purpuratus*), almejas (*Protothaca thaca*), pescado y jaiba (*Cancer* sp.), con predominio de mariscos de roqueríos sobre aquellos de playas arenosas.

Los desechos de pescado, o no están presentes u ocupan bajos porcentajes, coincidiendo con una ausencia de anzuelos u otros implementos de pesca, que a la postre, es una diferencia más con poblaciones previas y siguientes. Queda la posibilidad de una variante técnica en los métodos pesqueros (arpones con puntas líticas), como también, la fácil descomposición de los restos de peces minimizan su presencia en los basurales.

Menor suerte tienen los vegetales, supuestamente motivadores de las instalaciones algo alejadas del mar, que en forma gradual se acercan a un franco acceso a las tierras más interiores.

El carácter pecuario es otra alternativa costera, si es que efectivamente los indicadores en ciertos contextos fúnebres son el resultado de una actividad ganadera. Por ejemplo, los huesos de camélidos en túmulos de Huasco Bajo y en una sepultura de Qda. Honda, uno completo, formando la tumba N° 4 de Caleta Arrayán y una mandíbula entre los cuerpos estirados de Punta de Teatinos (Iribarren J. 1955-56; Cornely F. 1945; Fernández L. M. S.; Quevedo S. 1976).

Exponentes similares hay en otros cementerios del interior, pero la costumbre adquiere real significación en las sepulturas Animas, cuando la costa ha incentivado un auge de la ganadería, tímidamente sugerida en los ejemplos anteriores.

Los valles

Los cementerios son muy definidos en sus características externas, cuyas variaciones entre túmulos, ruedos o emplantillados, es la resultante de una predilección por los valles, aglutinando

cementerios en espacios supuestamente más productivos. Para muestra, está el tramo Almendral-La Calera, en el valle de Elqui, con 7 lugares de sepultación en menos de 8 km., o el trayecto Las Breas-Morrillos, en Hurtado, con 22 yacimientos que incluyen 14 cementerios, entre ellos, varios de la magnitud de La Turquía y El Farellón.

Cabe considerar en el Elqui, sitios habitacionales y La Fortaleza, como reducto de altura que agrega una condición estratégica al sector.

Las variantes en los patrones arquitectónicos comienzan por las bien definidas aldeas de Copiapó, con materiales de una distribución mayor (bases apuntadas, improntas de cestería, túmulos con postes de algarrobo en el interior, tembetás, morteros, metal). Y otros exclusivos para el sector, como las palas, campos y canales, cerámica de San Pedro, obsidiana y el método de construcción –tipificado en Carrizalillo Chico– con viviendas de planta rectangular sobre un cono de deyección junto al río Pulido, seguramente, con armazones de algarrobo o chañar (Niemeyer H.-Cervellino M. 1985; Niemeyer H. 1985).

En Huasco no se conocen sitios habitacionales y aquellos excavados en el valle de Elqui son diferentes. En los alrededores de los cementerios 1, 2 y 3 de Cornely (1956), por lo menos se sabe de cinco o seis que no pasan de ser unos cuantos fragmentos cerámicos superficiales, y de un sexto en mejores condiciones, ubicado frente al cementerio 1, detrás de una gran roca en la parte superior de un cono de deyección.

Con una profundidad máxima de 25 cm., tiene bastante cerámica de todos los tipos conocidos, incluyendo alfarería pintada rojo sobre crema, que parecía única para el valle de Hurtado (La Turquía). Destaca la simpleza de las viviendas, donde lo elemental debe haber sido armarlas con ramas o cueros –dispersas entre los cementerios–, sobre, las terrazas más altas y comúnmente cobijadas tras grandes bloques, como también sucede en el Llano de San Agustín (Hurtado).

Más elaborado es el sitio de Saturno, aguas abajo de los hallazgos de Cornely, más extenso y con 33 fogones circulares excavados sobre el piso, alineados en grupos de 3, 5 ó más pozos, con restos calcinados y otros materiales de relleno. Modernos trabajos agrícolas, removieron una capa superior exponiendo el piso arqueológico, dando la impresión que las moradas también fueron hechas de material ligero, en torno a tan típicas cocinas. No se ven otros materiales que den una sensación diferente, porque una buena cantidad de bloques corresponde a componentes de arrastre, aprovechados en parte para cubrir sepulturas anexas con cuerpos estirados, opuesto a lo que sucede en tumbas de más al interior.

Los gérmenes de confrontaciones en la disputa por el control de los valles, se expresan a través de La Fortaleza, simbolizando períodos de inestabilidad social. Los 400 m. sobre el nivel del río, la pirca posterior, los grandes jarros como para almacenar alimentos o líquidos, el uso de arcilla de mala calidad o la cerámica parchada, indican momentos críticos, en una población más numerosa de lo que reflejan los escasos sitios habitacionales descubiertos y que los cementerios representan en forma más real.

Del chequeo de 17 individuos, la mayoría de valles, se deducen condiciones de estabilidad para grupos dedicados a la agricultura, con grados de mayor longevidad que la gente del período Arcaico 1 (Ericksen M. F. 1960). La sugerencia de una vida apacible, no se opone a otros antecedentes, aún cuando urge actualizar los estudios y controlar colecciones homogéneas, que precisan detalles de adaptación como la alta mortalidad infantil registrada en las vegas de El Torín (Quevedo S. 1985).

Basándose en las posibilidades entregadas por la trilogía maíz, poroto, calabaza, la agricultura alcanza mayores expectativas en Copiapó, según la frecuencia de herramientas de labranza o la febril actividad de molienda. El maíz (*Zea mays*) y probablemente la quínoa (*Chenopodium*), se combinaron al consumo de carne de camélidos, la colecta de frutos de chañar y algarrobo y al aprovisionamiento esporádico de alimentos costeros.

Más al sur, el porcentaje de morteros es menor. Así como no se conocen herramientas agrícolas igual a los grupos Arcaicos que tuvieron acceso a plantas cultivadas. Como trabajo mismo de la tierra, lo que más se acerca a las prácticas de antaño, son el sistema del riego tendido y la siembra a pitón, aún hoy en día con muy poca inversión de tecnología.

Con problemas por resolver, como la disminución desde cuatro variedades de maíz durante la ocupación Arcaica a una sola en los niveles Molle, la vigencia de la producción de puntas de proyectiles y las cantidades de restos de camélidos en San Pedro Viejo, señalan que la agricultura

sigue sujeta a un apoyo brindado por la caza. Incluso, en lugares más ideales desde el punto de vista de la productividad, que pueden inspirar obras plásticas como los ceramios fitomorfos del valle de Hurtado (La Puntilla, La Turquí).

El agrado por los camélidos, lleva consigo a que sus restos formen parte del relleno de casi todas las estructuras de El Torín (Niemeyer H.-Cervellino M. 1985) y que, al margen de problemas climáticos, tres semillas carbonizadas de porotos (*Phaseolus vulgaris*) obtenidas en Saturno, figuren junto a un 57% de restos de camélidos, 16% de roedores y pájaros y a un 23% de mariscos (macha, choro, loco, apretador).

Los basurales de más al interior resultan menos productivos, porque la mayoría es material cerámico y a mucha distancia se ubican pequeños desechos de camélidos, roedores, pájaros, moluscos y caracoles de tierra.

Kilómetros arriba de La Fortaleza, los cuatro sitios de Qda. de Leiva tienen un comportamiento distinto por la profusión de piedras tacitas, un hábito neto de las quebradas de interfluvios. Las excavaciones (Iribarren J. 1962), no logran conocer lo que se está moliendo con tanto énfasis, porque los restos de comida escasamente se reducen a dos fragmentos de macha. Las grandes caries en tres individuos, atribuibles a tipos particulares de dietas (Ericksen M. F. 1962), resultan consecuentes con un proceso de molienda, supuestamente vinculado a los bosques de algarobos y a más de algún producto del, a la vista valle de Elqui.

Respecto a la ganadería, los datos disponibles son más bien antecedentes indirectos, donde serían rescatables petroglifos con escenas de hombres y camélidos, algunos tirados por una cuerda o montados, en ríos afluentes del Elqui, un par de torteros de arcilla, otro de cobre, y restos de tejido y lana trenzada en Hurtado. Los ceramios zoomoros, las figuras de camélidos estilizados en algunas vasijas o una mandíbula incluida en una tumba, no aseguran directa relación con el tema.

Como efecto de actividades locales o ingreso desde otros centros, en retribución de lo que pudiera salir de los valles, es mayor la cantidad de objetos de metal, en una minería que no alcanza márgenes de consideración, porque sólo un 10% de los sitios cuenta con materiales metálicos.

Bastan las 57 piezas del cementerio Animas de Coquimbo, para equipar las 58 que se reúnen considerando todos los sitios Molle. Grupo compuesto por 52 objetos de cobre, 4 de oro y 2 de plata, el 99% obtenido de cementerios. La mayoría se reparte de 1 ó 2 piezas por sitio, a cierta distancia de 3 ó 4, y es raro hallar 8 o hasta 12, como en la Turquí y El Farellón.

El oro y la plata son exclusivos del valle de Hurtado, de donde también proceden 30 de las muestras, y luego, 10 del Elqui, 7 del Huasco, 2 de Copiapó, 2 del río Los Molles, y las restantes 9 piezas están repartidas entre la costa y las quebradas.

Casi el 80% del metal se destinó para hacer pectorales, brazaletes, aros, anillos, pinzas y cuentas, y unas pocas herramientas como cinceles, agujas, torteros o unas placas en forma de H; rubro que más tarde cobra mayor significación.

Un posible crisol extraído de El Molle (Cornely 1956), es lo único que se puede relacionar al procesamiento de los metales, ignorándose los métodos de extracción mismos, en minas aprovechadas para una metalurgia elemental, basada en el tratamiento del cobre nativo mediante el forjado o martillado (charqui de cobre), con posible reducido por sometimiento a las piezas a intervalos de recalentamientos (Niemeyer H. 1982). En escala menor está presente en el Elqui el repujado en cobre, que junto al trefilado en oro y plata, y a la incorporación de posibles aleaciones, son las técnicas visibles en La Turquí.

Las quebradas interfluviales

Los asentamientos se distribuyen por todos los rincones habitables, comúnmente, con varios campamentos contiguos en una misma quebrada, explotada al máximo según cuente con vertientes o esté cerca de recursos fáciles de abordar. Fuera de las posibilidades de practicar cultivos en escala menor.

Los cementerios no están aglutinados ni adquieren dimensiones de consideración como en los valles, a excepción de algunos túmulos, sino que son pequeños grupos de tumbas incluidas casi siempre en las viviendas, también de dimensiones regulares. No se aprecian sectores más

populares, más bien se cubre todo por igual, donde cada ocupación carga con la responsabilidad de sepultar a sus muertos durante la vida útil del campamento.

En esencia, las quebradas son vías de comunicación por donde circulan variados artículos que permiten integrar rasgos de orígenes diversos, acercando procesos ocurridos en territorios distantes entre sí.

Con frecuencia, los túmulos funerarios se encuentran en quebradas en dirección al valle de Elqui y otros contextos incluyen tipos cerámicos comunes a casi toda la región, o bien, algunos a los cuales se les puede seguir un itinerario a partir de puntos nortinos o sureños.

Otros materiales se identifican con ciertas áreas que exteriorizan en forma más visible variaciones en el comportamiento de los grupos. Es el caso del arte rupestre y de los elementos de molienda, asociados a determinados espacios, trazándose límites en su distribución regional.

En un medio más riguroso y extenso, la ganadería, que en definitiva es un problema para abordar en el futuro, parece sustentarse en datos similares a la costa y los valles. Contando en las quebradas con la obligación de mantener la condición trashumante.

Varios lugares con petroglifos, que invitan a un análisis profundo, uno que otro alero con lana o cordelería, huesos de camélidos en un par de cementerios y un tortero de arcilla, serían evidencias de lo anterior, con ausencia absoluta de corrales como indicios más seguros.

Los medios de sustento más efectivos, resultan ser la caza y la recolección. Aleros y campamentos abiertos, avalan la supremacía sobre otros componentes alimenticios, con la posibilidad de que en ciertas condiciones puedan disminuir o sucumbir ante recursos más ventajosos. La cronología dice que a los 440 D.C., ambas actividades están en pleno apogeo y que, posterior a los 240 D.C., en la quebrada de El Encanto la caza ha sufrido una merma, porque allí se acentúa como nunca el consumo de moluscos, al perdurar una tradición costera en grupos asentados 35 km. tierras adentro, precedidos por cazadores arcaicos con permanentes bajadas al mar (Rivera M.-Ampuero G. 1969).

En Las Pircas, los vegetales alcanzan cifras del 30% y en El Salto prácticamente toda la flora de los alrededores fue usada para manufacturas, combustible o alimentos, compitiendo ante productos agrícolas o costeros, las colectas de frutos, semillas o raíces silvestres (Ampuero G. et. al. 1979 M.S.).

Las semillas de poroto y calabazas, sumadas a granos y a una mazorca de maíz en Ramaditas y Barrancones, si no fueran el resultado de intercambios con los valles, surgen de labores agrícolas, presionadas por los imprevistos climáticos (sequías) y por terrenos más bien estrechos, que obstaculizan un rol más efectivo de los cultivos.

Los morteros pueden figurar asociados a vegetales silvestres o cultivados, pero la tendencia de su alto número en los interfluvios, más bien va orientada hacia la molienda de lo primero, donde El Rucio y Pozo Seco, al sur del Huasco, agregan el aprovechamiento de semillas de pascal (Kuzmanic I., Com. personal).

Casi el 40% de los sitios en quebradas incluyen elementos de molienda, en un grupo que contempla formas planas o semiplanas, con o sin reborde lateral, otras con devastación pronunciada, aquellas de tipo múltiple y, las tacitas.

La dos últimas formas tienen una distribución más específica en determinados sectores. Los morteros múltiples, hechos en gruesas lozas con una a cuatro concavidades circulares u ovoidales expandidas, dispuestas en hilera o pareadas, sólo se conocen en tierras periféricas al valle del Huasco, con Los Tambos como límite más sureño. De allí para adelante —cubriendo un espacio mayor—, está el dominio de las piedras tacitas, conocidas desde Los Morros por el norte, hasta cerca del Choapa por el sur, coexistiendo con las piedras bateas a partir de La Totorita.

Se desconoce la situación de los restantes morteros, pero el origen ligado a poblaciones Arcaicas marítimas, permite suponer que los contextos con tacitas son los más antiguos. Con un ejemplo clásico en el interior, al evolucionar desde los cazadores pre-Molle a la ocupación Molle propiamente tal de El Encanto (Rivera M.-Ampuero G. 1969).

BIBLIOGRAFIA

CORNELY, Francisco
1945

"Reconocimiento Arqueológico en Quebrada Honda". Boletín N° 11: 12-13.
Museo Arqueológico. La Serena.

- 1956 "Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle". Editorial del Pacífico. 226 pp. Santiago.
- ERICKSEN, M. Frances
1960 "Antropología Física de restos óseos encontrados en Cementerios pertenecientes a la Cultura de El Molle". *Boletín* N° 11: 28-40. Museo Arqueológico. La Serena.
- 1962 "Restos óseos encontrados en La Totorita". *Boletín* N° 12: 47-53. Museo Arqueológico. La Serena.
- IRIBARREN, Jorge
1955-1956 "Arqueología en el valle del Huasco, provincia de Atacama". *Revista Universitaria* XL-XLI: 183-212. Santiago.
- 1962 "Correlaciones entre las piedras tacitas y la Cultura de El Molle. La Totorita, un sitio arqueológico en el valle de Elqui". *Boletín* N° 12: 39-45. Museo Arqueológico. La Serena.
- KUZMANIC, Ivo-CASTILLO, Gastón
1985 MS "Estadio Arcaico en el Norte Semi árido de Chile". Ponencia presentada al X Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Arica.
- LLAGOSTERA, Agustín
1985 MS "Arcaicos pescadores vs. Arcaicos Continentales en la dinámica cultural del litoral chileno". Ponencia presentada al X Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Arica.
- MUNIZAGA, Carlos
1963 "Tipos cerámicos del sitio Coyo en la región de San Pedro de Atacama". *Anales de la Universidad del Norte* N° 2: 99-131. U. del Norte. Antofagasta.
- NIEMEYER, Hans
1982 "Cultura El Molle de Río Huasco. Revisión y Síntesis". Ediciones Kultrun: 295-315. Santiago.
- 1985 "Descubrimiento de la primera Aldea Molle". *Revista Creces* N° 6. Santiago.
- NIEMEYER, Hans- CERVELLINO, Miguel
1985 "El Torín, un sitio temprano en la cuenca alta del río Copiapó". En prensa. *Boletín* N° 18. Museo Arqueológico. La Serena.
- NUÑEZ, Lautaro
1982 "Secuencia de asentamientos prehistóricos del área de Taltal". Ilustre Municipalidad de Taltal. Depto. Municipal Escolar: 4-43. Taltal.
- QUEVEDO, Silvia
1976 "Estudio de un cementerio prehistórico, exploración de sus potencialidades demográficas y socio-culturales". Tesis de Licenciatura en Arqueología y Prehistoria. U. de Chile. Santiago.
- 1985 "Análisis de los restos óseos humanos del yacimiento arqueológico de El Torín". En prensa. *Boletín* N° 18. Museo Arqueológico. La Serena.
- RIVERA, Mario-AMPUERO, Gonzalo
1969 "Excavaciones en Quebrada El Encanto. Nuevas Evidencias". Actas del V Congreso Nacional de Arqueología: 185-206. La Serena.
- RUPPERT, Hans
1982 "Zur Verbreitung und Herkunft von Türkis und Sodalith in präkolumbischen Kulturen der Kordilleren". *Baessler-Archiv NF*. 30: 69-124. Alemania Federal.
- SCHIAPPACASSE, Virgilio-NIEMEYER, Hans
1964 "Excavaciones de un conchal en el pueblo de Guanaqueros (Provincia de Coquimbo)". *Tercer Congreso Internacional de Arqueología Chilena* 235-262. Viña del Mar.
- 1985 "El Arcaico en el Norte Semiárido de Chile". Ponencia presentada al X Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Arica.
- TARRAGO, Miriam
1968 "Secuencias Culturales de la Etapa Agroalfarera de San Pedro de Atacama (Chile)". *Actas XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, II: 119-144. Buenos Aires.